

***Lo apache y los apaches: el ideal imposible en Ahora me rindo y eso es todo, de Álvaro Enrigue***

The “Apaches” and the Apache People: The Impossible Ideal in *Ahora me rindo y eso es todo* by Álvaro Enrigue

Mario Iván Uruga Ramírez – Tecnológico de Monterrey, Campus Toluca / INEDIB

**Resumen:** El siguiente artículo analiza la novela *Ahora me rindo y eso es todo* (2018), de Álvaro Enrigue, con la finalidad de determinar la forma en que el autor aborda la extinción de los apaches en el siglo XIX. Después de describir el contexto histórico en la frontera México-Estados Unidos en esa época, se muestra en qué aspectos la novela se apega a la historiografía y en cuáles no, para demostrar que la novela establece un carácter ideal de *lo apache* claramente distinto de los apaches como entidad histórica. El artículo finaliza proponiendo una interpretación ante tal ambigüedad.

**Palabras clave:** Álvaro Enrigue, apaches, historia, idealización, modernidad

**Abstract:** The following article analyzes the novel *Ahora me rindo y eso es todo* (2018, by Álvaro Enrigue), in order to define the way Enrigue approaches the Apache extinction in the nineteenth century. After describing the historical context on the Mexico-United States border at that time, this study considers which aspects of the novel adhere to historiography and which do not, to show that *Ahora me rindo y eso es todo* establishes an ideal character of “the Apaches,” clearly distinct from the Apache people as an historical entity. The article ends by proposing an interpretation in the face of such ambiguity.

**Keywords:** Álvaro Enrigue, Apaches, history, ideal, Modernity

Fecha de recepción: 20 de marzo de 2023

Fecha de aceptación: 2 de abril de 2024

## Introducción

La trayectoria literaria de Álvaro Enrigue (1969) comenzó con *La muerte de un instalador* (1996), con la cual ganó el Premio Joaquín Mortiz de primera novela; menos de dos décadas después mereció el Premio Herralde por *Muerte súbita* (2013). Entre tanto, escribió siete libros, principalmente de narrativa. Ha sido editor de *Letras Libres* y del Fondo de Cultura Económica y, en 2012, se doctoró en la Universidad de Maryland. Desde 1998 vive en Estados Unidos. En 2018 publicó la novela *Ahora me rindo y eso es todo*, en la cual se abordan las guerras que sostuvo Estados Unidos en contra de los apaches<sup>1</sup> a fines del siglo XIX. El presente artículo tiene como objetivo analizar esta novela a partir de las relaciones que sostiene con la historia, tanto en el apego al trabajo de los historiadores como en su distanciamiento; pero, sobre todo, en las razones que la llevaron a una u otra situación. ¿Qué tan histórica es *Ahora me rindo y eso es todo*? ¿Qué libertades se ha tomado el escritor ante los personajes históricos? ¿Qué hace Álvaro Enrigue al escribir una novela sobre personajes que desaparecieron hace más de cien años y que han sido prácticamente olvidados por la Historia de México?

*Ahora me rindo*<sup>2</sup> comienza con la voz de un narrador que relata, en primera persona, el viaje que ha emprendido con su esposa e hijos, desde Nueva York, con rumbo a la región que en el siglo XIX se denominaba Apachería (ubicada entre Arizona, Sonora, Nuevo México y Chihuahua): “Después de varias semanas de preparativos para el viaje a la Apachería [...] y una semana cruzando en diagonal los Estados Unidos, llegamos hoy a las cercanías de un territorio sagrado: el Cementerio Apache de Fort Sill” (Enrigue 113). Al mismo tiempo que sus aventuras familiares, el narrador cuenta la historia de dos jefes apaches que, en el siglo XIX, tuvieron una importancia fundamental: Mangas Coloradas y Gerónimo. Ambos jefes son efectivamente históricos, de forma que el narrador explicará algunas veces, y narrará otras, sucesos que, de acuerdo con los historiadores, tuvieron lugar en el pasado. Mangas Coloradas secuestró a una mexicana y fue perseguido por ello alrededor del año 1836; por su parte, el famoso Gerónimo huyó en más de una ocasión de los ejércitos mexicano y estadounidense hasta que se rindió ante el general George Crook de manera definitiva en 1886.

Aunque *Ahora me rindo* fue aplaudida por los críticos en su primera recepción, también ha sido objeto de análisis más profundos. Carlos Pardo (articulista de *El País* y escritor), por ejemplo, considera que el trabajo de Enrigue simplifica las relaciones entre apaches, mexicanos y estadounidenses, al grado de incurrir en un maniqueísmo que opone lo maravilloso de los primeros con lo malvado de los segundos: “El resultado es una Apachería arcádica con personajes

---

<sup>1</sup> Enrigue a veces habla de “apaches” y a veces de “chiricahuas”; en términos muy generales, se puede decir que los chiricahuas fueron una tribu apache. De acuerdo con Sweeney: “La tribu chiricahua estaba integrada por cuatro bandas autónomas, divididas a su vez en grupos locales y grupos de familia extendida. Cada banda y grupo tenía sus líderes. Sin embargo, en tiempos de crisis el más dominante del grupo local de líderes guiaba a la banda” (3-4). Las cuatro bandas a las que se refiere son: janeros, centrales, bedonkohes y chihennes, de acuerdo con Pesqueira (225-261).

<sup>2</sup> A partir de ahora me referiré de este modo a la novela, y todas las citas que carezcan de otra indicación corresponderán a ella.

modélicos y malvadísimas ‘fuerzas de ocupación’” (Pardo, 2018). Pardo tiene razón en cuanto a que Enrigue, mientras exalta a los apaches de una forma que parece desmesurada, considera que los habitantes del mundo actual están condenados a una existencia deshonorosa. Por ejemplo, el siguiente fragmento: “La Apachería [fue] la cara más hermosa que produjo América, la cara de los que lo único que tienen es lo que nos falta a todos porque al final siempre concedemos para poder medrar: dignidad” (22-23). Así, en la novela se da a entender que las personas del siglo xxi carecen de las virtudes que sí tuvieron los apaches, y esta carencia justifica culpar al mundo contemporáneo por la extinción apache: “Tendríamos que vivir de rodillas [...]. Eso es todo, América, eso es todo” (453), repite Enrigue constantemente con sarcasmo y vergüenza. Sin embargo, la novela nunca proporciona una explicación satisfactoria de la culpa con que han nacido todos aquellos que no sean apaches del siglo XIX.

Las preguntas que se intentan responder en las siguientes páginas son: ¿cómo conciliar que la novela sea fiel a la historiografía y al mismo tiempo se tome la libertad de acusar a los habitantes americanos modernos de una especie de pecado original? ¿Cómo comprender la fidelidad a los historiadores en la recreación de ciertas escenas (los crímenes cometidos contra los apaches o los hábitos maritales de estos, por ejemplo), y la culpa que el narrador acepta para sí y atribuye al resto de la población (“tendríamos que vivir de rodillas”)? En otras palabras, ¿cómo comprender que la recreación erudita de las *Apache Wars* sea también una acusación de la culpa, personal y ajena? La hipótesis sostenida en el presente texto es que Enrigue no está tan interesado en los apaches reales como en el valor simbólico que puede extraer de ellos, y que esta distinción le permite establecer una postura política sobre nuestro tiempo.

En cierta forma, se llegará a la misma idea que comenta Carlos Pardo (si bien él no realiza ningún análisis a profundidad), y ello permitirá explorar los motivos que llevaron a Enrigue a construir su novela de esa manera. Así pues, en la primera parte se analiza el carácter histórico de *Ahora me rindo* de acuerdo con fuentes historiográficas; en la segunda parte se muestra cuáles son las licencias que Enrigue se toma frente a la historia; en la tercera se exploran las consecuencias de dichas libertades, con lo cual es posible elaborar una propuesta de lectura. Las conclusiones sugieren las posibles razones que tiene Enrigue para desarrollar de esa forma su novela.

## 1. El carácter histórico de *Ahora me rindo*

El narrador se remonta hasta “las estepas de Mongolia” (113) para ubicar el origen de los apaches: los atapascanos, dice refiriéndose a la familia lingüística a la cual pertenece el apache, fueron de los últimos en llegar a América, provenientes de Asia. Menciona que el primer testimonio histórico que se tiene de esta comunidad indígena es la que figura en el *Memorial sobre la Nueva México*, de Fray Alonso de Benavides, en 1630, lo cual es de gran relevancia porque señala el inicio de las relaciones entre españoles y apaches al norte de la Nueva España, en la Apachería. Durante un siglo, españoles y apaches mantuvieron vínculos complejos que iban de la religiosidad al homicidio, pasando, desde luego, por el

comercio. Para la Nueva España era complicado el control de las tierras bárbaras del norte, a cientos de kilómetros de la capital y sin suficientes bases civiles que defendieran al imperio; por tal motivo fueron los presidios los puestos de avanzada que intentaron poner orden en aquellas regiones: asentamientos militares, por una parte, encargados de imponer la ley dictada por el lejano reino español, y por otra, comunidades eclesiásticas cuya finalidad era evangelizar a las comunidades locales. Los apaches eran un grupo seminómada, de forma que no tenían un gobierno unificado ni una morada permanente, y a diferencia de otras comunidades, como los ópatas, comanches y pimas, no trabajaban la tierra, sino que eran cazadores dependientes del bisonte. Esto dificultaba sus relaciones con la Corona Española, que frecuentemente los detenía para convertirlos en esclavos (del azúcar, en Cuba, o del henequén, en Yucatán), o para tomar a sus niños y reeducarlos como sirvientes de familias acomodadas. Algunos gobiernos locales promovieron el asesinato de apaches y pedían, como evidencia, la entrega de orejas o cabelleras (escalpelamiento), a cambio de una recompensa económica.

Bernardo de Gálvez, entonces visitador general, y el virrey Carlos Francisco de Croix, alrededor de 1767, tuvieron la intención de sustituir la colonización monástica por la civil: a los indios se les proporcionarían víveres y alcohol, así como armas (sobre todo viejas y estropeadas), siempre y cuando defendieran los poblados y renunciaran a los levantamientos. La expectativa era acostumbrarlos a la propiedad privada de la tierra —una idea incompatible con su cultura—. Una vez que los apaches se hubieran convertido en pequeños propietarios, la Corona podría refundar los presidios en otras regiones; al mismo tiempo, esos apaches “civilizados” constituirían el mercado de los colonos españoles y todos, sin distinción, estarían voluntariamente sometidos a la autoridad imperial (Del Rey y Canales).

Con el paso de los años, y una vez que México ganó su independencia, la estrategia de sometimiento pasó a formar parte de las respuestas nacionales en contra de los pueblos indígenas. Una de las principales razones para optar por la asimilación, en lugar del exterminio, es que la población española no llegaba a diez millones de habitantes, mientras que Francia contaba con veinticinco y Alemania con veinte, más otros tantos europeos que, en total, ascendían a ciento treinta millones, según mostró el primer censo efectuado en el siglo XVIII por parte de Zenón de Somodevilla, secretario de Hacienda, en la región septentrional del Imperio (Del Rey y Canales). El cobro de impuestos y el reclutamiento de soldados resultaba sumamente complejo (lo cual se refleja en *Ahora me rindo*), y esta debilidad demográfica hacía vulnerable a México (de la misma forma que lo había padecido España antes de la Independencia) frente a otros países europeos.

Cuando franceses e ingleses comenzaron a invadir Luisiana y Florida, los apaches representaron un problema difícil de solucionar, debido a que no estaban dispuestos a someterse a la Corona, no hacían producir la tierra y con frecuencia se aliaban a los recién llegados en sus ataques contra la Nueva España. En efecto, uno de los problemas que agudizaron los conflictos fue que, cuando comenzó la guerra de Independencia, México no estaba en condiciones de mantener el suministro de víveres a las tribus en el norte de México, que había promovido Gálvez.

*Ahora me rindo* se ubica en este complejo entorno, en el pueblo de Janos, Chihuahua, en 1836. Comienza con un rapto: “Esta historia empieza en las praderas que agobian al pueblo. Un lugar al que llega tan poca gente que todavía hay bisontes americanos [...]. En ese valle tan recio, de pronto una vereda y la espalda de una mujer que corre, una mujer de hierro, vestida de punta en negro. Mira hacia atrás” (14). Esta mujer, llamada Camila, es secuestrada por el jefe apache Mangas Coloradas, y el teniente coronel José María Zuloaga tendrá la responsabilidad de hallarla. Zuloaga, como todos los demás personajes —alrededor de medio centenar— fueron efectivamente históricos, según afirmó Enrigue, salvo una monja llamada Elvira (2018b). La precisión es relevante porque Enrigue realiza una reconstrucción, novelada por supuesto, de momentos relevantes en la historia de los apaches (o de su persecución, mejor dicho), y se apega a los registros históricos en muchos aspectos, como se verá a continuación.

Cuando el teniente Zuloaga comienza la búsqueda de Camila, se encuentra con un indio viejo: “¿Usted es janero?, le preguntó el criollo. El viejo sacudió la cabeza. Pima, ya no hay janeros, dijo, los apachis dicen que trabajar la tierra no es de hombres” (68). En efecto, en la medida en que los pimas y ópatas modificaron sus costumbres de acuerdo con las formas de los españoles, los llamaban “indios de razón porque dejaron de ser nómadas y se integraron al ciclo productivo europeo” (14). Zuloaga continúa cuestionando al indígena pima: “¿Y sabe dónde se están juntando exactamente? Son apachis, no se juntan” (68). El pima alude a que los apaches no tenían un territorio exclusivo, sino regiones estacionales de habitación, según los desplazamientos del búfalo y en la lógica de que la tierra no es algo que se pueda poseer. Zuloaga comienza entonces la leva para que los soldados sirvan a la joven república en la búsqueda de Camila; del pequeño grupo que consigue formar, algunos son personas adultas que aún “recordaban el mundo próspero y juguetón que antecedió a los alzamientos posteriores al momento en que el gobierno de la República dejó de repartir raciones en los presidios” (97). Es decir, la época previa a la Guerra de Independencia (mencionada anteriormente) cuando la Corona Española distribuía víveres.

Con el paso de los días, Camila termina por enamorarse de su captor y se unen en matrimonio, a pesar de que ello causa celos entre las demás esposas de Mangas Coloradas, todo lo cual está bien documentado por Edwin R. Sweeney, *Mangas Coloradas: Chief of the Chiricahua Apaches*, 1998. Enrigue recrea las escenas de pelea entre Camila y las esposas, así como la forma en que Mangas defiende haberla tomado como esposa aun cuando no pertenece a su nación, y hace mínimas modificaciones (como cambiar el nombre de Carmen por Camila), pero no altera en nada lo que afirma Sweeney<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Dice Sweeney: “Mangas Coloradas tuvo varias esposas a lo largo de su vida, cada una respetada y tratada con respeto, según la moralidad chiricahua apache. Los hombres apaches no maltrataban sexualmente a las mujeres cautivas. En ocasiones, una mujer joven podía enamorarse de su captor, y este parece haber sido el caso con la esposa mexicana de Mangas Coloradas conocida como Carmen” (33). De acuerdo con John C. Cremony, en *Life among the Apaches*, “Mangas [Coloradas], en una de sus incursiones en Sonora, se llevó a una mexicana atractiva e inteligente, a quien hizo su esposa, lo cual excluyó a sus esposas apaches. Este singular favoritismo generó algunos problemas en la tribu por algún tiempo, y terminó de repente cuando Mangas desafió a los hermanos ofendidos o parientes de sus esposas descartadas. Dos aceptaron la apuesta y ambos murieron en un duelo

Asimismo, en lo que se refiere a la crueldad apache, Enrigue presenta algunas escenas sangrientas. Consideremos, por ejemplo, que en algún momento de la novela un personaje secundario, Héctor Ezguerra, asesina a un apache y, en consecuencia, deberá pagar la temible venganza. Por suerte para Camila, que estaba en la misma casa que Héctor, sale a caminar, de forma que:

No vio el fuego. No vio ni a los vaqueros con tiros en la cabeza ni a Héctor degollado a puñal. No vio a los peones colgando de los árboles ni a Mistress Prudence [esposa de Héctor] con la cabeza molida por una piedra que le dejaron caer una y otra vez hasta que se murió. Tampoco a los niños —conchos, ópatas, criollos y gringos, daba lo mismo— lanceados. No vio al bebé con la cabeza reventada contra la pared. (69)

Enrigue es muy puntual al hablar de la venganza apache como “un procedimiento técnico, casi burocrático, ni triste, ni feliz, ni divertido” (135). Un hecho real que da cuenta de esto es el siguiente: el 17 de junio de 1863 un oficial estadounidense llamado L. A. Bargie fue hallado decapitado, con el pecho abierto y sin corazón<sup>4</sup>. El crimen, sin dudar, fue atribuido a los apaches, lo cual era correcto, pero era en venganza por el asesinato a traición de Mangas Coloradas por parte de Joseph Rodam West —un general de poca monta—, quien había invitado al jefe en son de paz, y que luego “le cortó la cabellera para conservarla como trofeo en su escritorio y le cercenó la cabeza para hervirla y conservar el cráneo” (288).

Enrigue se apega de manera tan fiel a la historiografía que parece hacerlo de forma literal. Hay, al menos, dos ejemplos de esto. El primero corresponde al jefe Cochís y los historiadores suelen ubicarlo en 1861, cuando este líder fue amenazado por un oficial de nombre George Bascom. La leyenda dice que Bascom, injustificadamente, exigió al jefe que devolviera a un niño robado; aunque Cochís se ofreció para ayudarlo, Bascom quiso apresarlo y el apache huyó rajando con su cuchillo la lona de la tienda de campaña del oficial. El historiador David Roberts —a quien regresaremos más adelante— relata este episodio en su libro *Once They Moved Like the Wind* (traducido como *Las guerras apaches*), ante el cual Enrigue se mantiene notablemente fiel. A continuación se comparan los textos de Roberts y Enrigue:

Los asustados casacas azules hicieron fuego. Alrededor de cincuenta cartuchos atravesaron el gélido aire de febrero mientras Cochise desaparecía con presteza entre los matorrales que crecían en la colina situada inmediatamente detrás del campamento. Cuando el humo de la pólvora comenzó a disiparse, los soldados lo vieron huir herido en una

Un testigo presencial declaró, frente al juzgado militar que revisó los hechos, que durante el escape del jefe los soldados de Bascom le dispararon cuando menos cincuenta rondas de munición. Dicen que, cuando llegó, herido en una pierna, a una colina en la que ya no había modo de que lo atraparan, todavía llevaba en la mano la taza de café (Enrigue 251).

---

justo” (47-48). Enrigue también se apega a esta información, de forma que Camila relata (en el capítulo III de *Ahora me rindo*) el maltrato que padeció por las otras esposas de Mangas Coloradas.

<sup>4</sup> Sweeney, 1998, 463 (tal como lo reporta el *Santa Fe New Mexican* de la fecha en cuestión).



pierna, pero ninguno de ellos lo persiguió. Cochise había huido tan rápido que cuando alcanzó la cumbre de la colina todavía tenía en la mano su taza de café (Roberts 25).

El segundo momento de notable apego aparece en torno a la rendición de Gerónimo, ya en 1886 —treinta años después de la historia de Mangas Coloradas—, cuando Estados Unidos se hizo de más de la mitad del territorio mexicano. Los hechos sucedieron en la Sierra Madre, en Chihuahua, cerca del río Aros, donde el ejército estadounidense consiguió que Gerónimo se rindiera de manera definitiva (ya se había rendido antes, pero siempre volvió a tomar las armas). Dado que las acciones suceden en territorio mexicano, y que el gobierno de este país está muy interesado en que los apaches dejen de aterrorizar a las poblaciones sonorenses, hay autoridades del ejército cuya obligación es asegurarse de que Gerónimo no vuelva jamás:

Prefecto [Aguirre]: “¿Vas a rendirte a los americanos?”

Gerónimo: “Sí, porque puedo confiar en ellos. Pase lo que pase, no me matarán a mí ni a mi gente. [No tengo] nada más que decir.”

Prefecto: “Entonces iré y veré que te rindas.”

Gerónimo: “No. Tú vas al sur y yo voy al norte. No tendré nada que ver contigo ni con ninguno de los tuyos.”

Y así fue. Un soldado mexicano vino con nosotros y finalmente regresó a su país con el aviso oficial del general Miles de que los temidos apaches habían sido trasladados a Florida. (Gatewood y Kraft 147)

El prefecto [Aguirre] le preguntó al apache si se iba con los estadounidenses por su voluntad. El indio respondió que en México lo fusilarían y que en Estados Unidos solo lo iban a hacer prisionero. El prefecto confirmó con un gesto de la cabeza [...]. Aguirre le dijo a Lawton, por medio del cirujano, que ni hablar, que muchas gracias por cumplir su palabra. El capitán le agradeció sinceramente su contención. Nomás le voy a pedir un favor, agregó el mexicano [...] le voy a suplicar que se lleve a uno de mis tenientes, que tiene buen inglés, para que regrese a México con el testimonio de que tienen al pinche indio metido en el calabozo de Florida donde usted me dio su palabra de que lo van a fundir. (Enrigue 333)

Como podemos ver, la ficcionalización de Enrigue gravita en torno a los documentos historiográficos sin apartarse mucho de ellos. Se ha tomado muy pocas licencias. De todos los historiadores referidos en *Ahora me rindo*, David Roberts tiene una posición preminente, no sólo porque lo menciona con más frecuencia que a los demás (tres veces en la primera parte), sino porque también lo ha reconocido en entrevistas posteriores a la publicación de *Ahora me rindo*: “Es un libro conmovedor del que vienen muchas de las historias más conmovedoras de mi novela” (Enrigue, 2019a). Hay que considerar que Roberts eligió nombrar a su libro

*Once They Moved Like the Wind* en referencia a la primera parte de la frase con que Gerónimo se rindió por primera vez ante el general George Crook, en 1885 (“Once I moved about like the wind”), mientras que la novela de Enrigue apela a la segunda parte, “Now I surrender to you and that is all”, es decir, “Ahora me rindo ante ti y eso es todo”:

Es curioso, en cualquier caso, que sea siempre la primera parte de la frase de la rendición la que se cita: “Antes me movía como el viento”, cuando lo que importa es la segunda, el momento en que la sentencia se desmorona, representando el final abrupto de una forma de vida. “Ahora me rindo y eso es todo”. Es una frase que se cae, como el sol rapidísimo de los trópicos, como un águila perforada por el plomo de un imbécil, como Cuauhtémoc, el primer gran militar americano que se rindió frente a un blanco: “Águila en caída”, “Sol que cae”, quería decir su nombre. Un final no demanda elaboración: “Ahora me rindo y eso es todo”, las palabras de un hombre serio. (59-60)

Así, Enrigue comienza a apartarse de Roberts, no por una elección (que podría parecer trivial) de haber elegido esta frase por encima de aquella, sino porque esto refleja una perspectiva radicalmente distinta para enfocar a los apaches. Para empezar, Enrigue es demasiado considerado con la forma de presentar a Gerónimo, mientras que Roberts es más frío; incluso podríamos decir que Enrigue, a pesar de respaldarse en gran medida en el trabajo del historiador, elige omitir algunas de las afirmaciones que pondrían en tela de juicio el valor de Gerónimo. En específico, el hecho de que, aun cuando los apaches detestaban la mentira y estimaban a la honestidad como un principio esencial, Gerónimo era, para Roberts, “un manipulador nato que se ganó su reputación entre los abnegados guerreros no siempre por medio de la verdad”<sup>5</sup>. El otro aspecto en el cual Enrigue se aleja de historiadores y antropólogos es en su afirmación constante de que los apaches se extinguieron con la rendición de Gerónimo, mientras que Roberts dedica incluso el “Epílogo” de su libro a explicar qué fue de los sobrevivientes en los años posteriores a 1886.

Desde 2008, con *Vidas perpendiculares*, la Historia tiene un peso importante en todas las obras de Enrigue. Sin embargo, a diferencia de ellas, en las cuales el manejo es más libre, en este caso “el archivo de la novela me parece que en general es correcto, y me tomé muchísimas menos libertades” (2019b). Con base en lo analizado hasta ahora, puede afirmarse que la muy generosa representación de Gerónimo y la tajante afirmación de que los apaches se extinguieron con la rendición de Gerónimo son las más grandes libertades que se tomó Enrigue, pues es poco probable que desconociera las consideraciones de autores como Worcester y Roberts<sup>6</sup>. Y más que señalarlas, es preciso intentar comprender cuál es la finalidad que subyace a ellas.

<sup>5</sup> “Había algo paranoico en él [...]. De haber sido un hombre blanco del siglo XX, le habrían podido tildar de ser un completo neurótico” (Roberts 168).

<sup>6</sup> “He leído casi todas las páginas que se han escrito sobre él”, dice en *Ahora me rindo*, refiriéndose a Gerónimo (155).



## 2. La ruptura con la Historia

A lo largo de *Ahora me rindo*, el narrador manifiesta una honda tristeza por la pérdida de los apaches chiricahua, que se corresponde con el desprecio por los actos que mexicanos y estadounidenses cometieron para exterminarlos. La relevancia de Gerónimo proviene, precisamente, de su resistencia, de su capacidad evasiva con la cual evitó al máximo lo que sin embargo fue inevitable: que los últimos chiricahuas fuesen apresados, luego exhibidos y finalmente encerrados en las reservas apaches, donde —dice Enrigue— terminaron por morir. La novela plantea la extinción apache como del final de toda estirpe autóctona:

Decir: “Ahora me rindo y eso es todo” es reconocer que lo que sigue es una pared que ya no se puede saltar, que se acabaron las variaciones porque ya llegamos al carajo. “Nuestra herencia”, dijo un cronista anónimo tras la caída de Tenochtitlán en 1521, “es una red de agujeros”. Hay una curva de trescientos cincuenta años entre ambas frases. A Gerónimo le tocó reconocer que la red de agujeros ya se había terminado también [...]. No era cierto que se estuviera rindiendo, estaba haciendo algo más grave y hermoso. Declarando *el fin de algo gigantesco que había empezado cuando el primer asiático vio América del Norte* y le pareció que estaba bien. (60, las cursivas son mías)

Lo afirmado aquí es tajante, definitivo: aquello que comenzó en 1521 se acaba en 1886, con Gerónimo. En ningún momento la novela sugiere que sólo se extinguieran *ciertas* culturas, sino más bien parece hablar de *todas* cuando lamenta que “se acabaron las variaciones porque ya llegamos al carajo”. Es un juicio implacable y se pronuncia con un tono dolorido, elegíaco.

En la rendición de Gerónimo (de la cual constan fotografías) participó un pequeño grupo de guerreros, en el cual había niños y ancianos. Después de meses de negociación y lucha, aceptaron recluirse definitivamente en Fort Marion, Florida. A este hecho, la novela suma una explicación emotiva: cuando los apaches entraron en contacto con los conquistadores españoles, en el siglo XVII, rehusaron formar parte de ese *nuevo mundo*, y se mantuvieron siempre fieles a su independencia incluso cuando “todo su mundo cupo en un solo vagón de tren: el que se llevó a los últimos veintisiete fuera de Arizona” (23). Justo en este punto, el narrador de *Ahora me rindo* asume una posición ante tal acontecimiento (posición en la cual se confunde el narrador, el autor y el protagonista de la novela): “No sé si haya algo que aprender de una decisión como esa, extinguirse, pero me desconcierta tanto que quiero levantarle un libro” (23). El narrador comienza a hablar de sí mismo: “Vivo de escribir [...] para poder sostener a mi familia” (23), como si se comparara con los apaches: “Si fuera un chiricahua solo leería” (24), y en el balance que hace entre sí mismo y los apaches aflora una especie de culpa, de remordimiento: no somos hijos de esta tierra, dice él, no somos hijos de América, “somos una fuerza de ocupación. Tendríamos que vivir de rodillas. Tendríamos que devolverla” (453).

Se volverá más tarde al tema de la culpa. Por ahora es necesario preguntarse qué es lo que se acabó con la rendición de Gerónimo. Para 1886, el ejército estadounidense había sometido —o asesinado— decenas de tribus y comunidades

indígenas: sioux, cheyennes, kiowas, entre otras. En algunas de las batallas y negociaciones estuvo presente George Crook<sup>7</sup>, el mismo general ante quien se rendiría Gerónimo en 1885 (no sería la rendición definitiva, pero fue cuando dijo las famosas palabras “Antes me movía por ahí como el viento. Ahora, me rindo a ti. Eso es todo”). Desde 1875, aproximadamente, los apaches chiricahuas comenzaron a ser recluidos en la reserva de San Carlos (Arizona). Mientras Gerónimo y otros jefes fueron encerrados en la base militar Fort Sill (Oklahoma), como prisioneros de guerra, otros chiricahuas padecieron, en encierro, las inclemencias de un sistema judicial que no tenía interés en ellos. Pasaron de un encierro a otro (Fort Marion, Fort Pickens, Mount Vernon y, finalmente, Fort Sill), bajo la intuición del gobierno estadounidense de que, si lograban hacer de cada apache un individuo poseedor de tierra, podrían convertirlos en pequeños granjeros; luego habría que escolarizarlos y finalmente hacerlos competir en el mercado capitalista. Todo el plan, evidentemente, jugó en contra de los apaches, para comenzar con el hecho de que ellos consideraban sacrílego el monopolio de la tierra, de forma que durante mucho tiempo se resistieron a convertirse en lo que consideraban una inmoralidad. A los niños —que frecuentemente murieron de enfermedades curables— se les prohibía hablar en su lengua y por años se les llevó a Pensilvania para internarlos durante meses; al volver con sus familias descubrían que ya no eran apaches y que nunca serían iguales a los ciudadanos blancos y, por lo tanto, no pudieron integrarse al mundo estadounidense ni a lo que quedaba del apache. A mediados del siglo XX se decidió liberar a los apaches del control federal, lo cual implicó arrojarlos al mundo estadounidense para que cumplieran con todas las responsabilidades civiles, lo que apenas podían hacer; por esos años se legalizó el consumo de alcohol dentro de las reservas (el cual había estado prohibido por décadas), de forma que, según Worcester, ahogaban su miseria en bebidas de baja calidad.

A diferencia de Enrigue, los historiadores David Roberts y Donald E. Worcester, así como el antropólogo Greenville Goodwin (2000, *Los diarios apaches*, Peace River Films Press), no se refieren a los apaches como una cultura extinta. Worcester, quien hizo un trabajo más cercano a los descendientes de aquellos legendarios guerreros, destaca el profundo sentido de comunidad apache que siguen teniendo, al grado de que no se integran a la sociedad estadounidense por mantenerse fieles a las obligaciones rituales de su cultura. Es decir, la historia apache siguió su rumbo después de la rendición de Gerónimo. Por si eso fuera poco, Goodwin y Worcester mencionan casos de chiricahuas libres en la Sierra Madre en tiempos tan tardíos como 1950. El propio Roberts, en el libro que Enrigue cita en *Ahora me rindo*, menciona el caso de un joven guerrero llamado Massai, quien escapó del tren donde iba preso y volvió a pie a Nuevo México, donde vivió muchos años más. Otros apaches evitaron ser capturados cuando Gerónimo se rindió y

---

<sup>7</sup> Un libro famoso y desgarrador en el cual se repasa históricamente (desde 1860 hasta 1890) cómo fueron masacrados y doblegados los pueblos indígenas es *Bury My Heart at Wounded Knee: An Indian History of the American West* (traducido como *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*), de Dee Brown. La participación de Crook se remonta a la década de los setenta y termina aproximadamente en las mismas fechas en que Gerónimo se rindió definitivamente. Participó en campañas y negociaciones con contra de los cheyennes y los sioux, de forma notable.

volvieron a México<sup>8</sup>. El propio narrador de *Ahora me rindo* nos cuenta que en algún momento se encuentra con un “descendiente de la hermana de Gerónimo” (190). Es un mesero que lo atiende a él y su familia en Truth or Consequences (Nuevo México). Hasta que el mesero revela su ascendencia, se gana el respeto de la familia turista: “Los niños se quedaron boquiabiertos. Lo trataron *a partir de entonces* con respeto y reverencia, como se merecía: era realza” (190, las cursivas son mías). A la luz de todos estos datos, resulta más que cuestionable afirmar que los apaches se extinguieron en 1886.

De la misma forma, es problemática la elección de Gerónimo como referente de la cultura apache. Primero, porque la virtud cardinal de esta cultura, la honestidad, no fue un rasgo que lo definiera, a diferencia de otros jefes apaches, como Cochís<sup>9</sup>. Gerónimo, incluso, no cumple con el criterio que estableció el propio Enrigue para definir la naturaleza admirable del apache: “Cuando los chiricahuas —la más feroz de las naciones de los apaches— no tuvieron más remedio que integrarse a México o a los Estados Unidos, optaron por una tercera vía, absolutamente inesperada: la extinción” (23). En realidad, Gerónimo no se extinguió, como lo hicieron Cochís<sup>10</sup> y Victorio<sup>11</sup> (mencionados en la propia novela). A diferencia de ellos, Gerónimo murió encerrado en una reserva y, de acuerdo con Rojas (234-235), vendía autógrafos, arcos y flechas; participó, como “curiosidad viviente”, en la Exposición Universal de San Luis (1904) y en el desfile inaugural de toma de posesión del presidente Roosevelt. Posó en varias ocasiones para ser fotografiado y también se volvió cristiano. Incluso se dice que tenía diez mil dólares en una cuenta bancaria<sup>12</sup>.

No sólo eso. Si bien *Ahora me rindo* comienza con Mangas Coloradas, en México (cuando se roba a Camila), y termina con Gerónimo, en Estados Unidos (cuando se rinde), podría pensarse que hay un balance entre las dos naciones, pero no es así. En el fondo, la novela narra el destino de los apaches desde el punto de

<sup>8</sup> “Los hombres blancos de hoy en día apenas sabemos nada de estos ‘apaches perdidos’, tal es el romántico nombre que les pusieron, aunque algunos historiadores sostienen que sus nietos se casarían con ciudadanos mexicanos y se adaptarían a su modo de vida quedándose en Sonora y Chihuahua. Los apaches que hoy en día viven en Arizona y Nuevo México guardan una tradición de secreto acerca de esos últimos fugitivos” (Roberts 425).

<sup>9</sup> “Para los apaches la honestidad era una virtud cardinal y la integridad de Cochise era legendaria entre su gente”, dice Roberts (39); “Cochise, como los apaches en general, despreciaba a los mentirosos y se mostraba ante todo sincero y franco”, afirma Worcester (151).

<sup>10</sup> “Cochís no les dio a sus enemigos el privilegio de ver la hora de su extinción” (291).

<sup>11</sup> Además de Cochís, el liderazgo del jefe Victorio también es resaltado en *Ahora me rindo*: después de una exitosa y sangrienta campaña en Estados Unidos (178), Victorio cometió un error de cálculo y, de regreso a México, su campamento fue descubierto por fuerzas del ejército mexicano. Fue asesinado en Tres Castillos (Chihuahua). De esa batalla escapó el jefe Nana, quien “hizo una alocución confirmada por más de un informante: ‘Victorio’, dijo, ‘se murió como le habría gustado, peleando con su gente. Murió como vivió: libre e inconquistable’” (205).

<sup>12</sup> “Una última fotografía de Jerónimo lo muestra a él en pie en su parcela de melones, junto a su esposa Ziyeh y tres niños pequeños, con su sombrero sujeto con la mano derecha mientras sostiene un melón gigante en su brazo izquierdo. No hay orgullo en su rostro mientras bizquea bajo el sol mirando a la cámara, más bien parece un hombre cansado y soñoliento vestido con polvorientas ropas. ¿Es este el rostro —se pregunta uno— que se enfrentó a ocho mil soldados?” (Roberts 434).

vista de la Historia de Estados Unidos, no de México, ni de los propios apaches, y mucho menos de los pueblos indígenas mismos (pues con la rendición de Gerónimo se acabaron las *Indian Wars* en Estados Unidos, mientras que en México se continuó la guerra con otras comunidades indígenas, como los mayos y los yaquis). Si Enrigue hubiese contado la historia de los chiricahuas, habría tenido que considerar a los fugitivos que se escondieron en México o a los descendientes que se consideran chiricahuas; si hubiese contado la historia de los indígenas, habría tenido que considerar, en primer lugar, a los yaquis (a los cuales definitivamente conoce, pues figuran en su novela como parte de los soldados bajo el mando de Zuloaga), quienes firmaron la paz con México hasta 1929; después de todo, exactamente al mismo tiempo que se perseguía a Gerónimo en el noreste de Sonora, al sur del mismo estado se perseguía al líder yaqui Cajeme (en esta persecución participó el general Bernardo Reyes, lo cual es muy probable que supiera Enrigue<sup>13</sup>).

En *Memorias del olvido* (1996), María Cristina Pons afirma que la novela histórica de fines del siglo XX

responde a la búsqueda de una redefinición de una identidad (pero ya no una identidad nacional e impuesta desde una posición hegemónica de poder, como lo hizo la novela histórica tradicional), sino que se trata de una búsqueda de una identidad de la diferencia y/o de identidad regional de resistencia al efecto homogeneizador del proceso de globalización en el que se enclavan. (264)

*Ahora me rindo* no forma parte de esta “redefinición de la identidad de la diferencia”, sino todo lo contrario. Enrigue impone a los descendientes de aquellos guerreros una naturaleza dictada desde arriba, como si le tuviera sin cuidado lo que ellos piensan de sí mismos: ustedes ya no son apaches, parece decirles, ustedes son otra cosa. Si nos preguntamos cuál es la libertad más grande que se tomó el novelista, deberíamos decir que, sin duda, es ésta: quitarles el derecho a definirse como una cosa u otra; informarles, “desde el podio de su piel blanca”<sup>14</sup>, lo que les ha quedado vedado; avisarles lo que ya no pueden ser.

### 3. Lo apache contra los apache

---

<sup>13</sup> Cuando se ha preguntado a Enrigue acerca del origen de *Ahora me rindo*, su respuesta es que “el libro surgió de una pista falsa. José Emilio Pacheco me contó que el general Bernardo Reyes (padre de Alfonso Reyes) estuvo presente en la rendición de Gerónimo [...]” (Enrigue, 2018b). Al parecer, el general Reyes estuvo entre 1880 y 1883 al frente de las pretensiones de someter al pueblo yaqui, no al apache.

<sup>14</sup> “Zuloaga le informó [al apache] Pisago, desde el podio de su piel blanca, que los iba a acompañar de vuelta al norte” (131).

*Ahora me rindo* es prolija en las descripciones de los estadounidenses<sup>15</sup> y los mexicanos<sup>16</sup>. Se narra puntualmente lo que perciben, piensan y dicen, y lo desarrolla de manera explícita. Más que detallista, el narrador es indiscreto, pues abre aspectos íntimos que humanizan a los personajes o, incluso, los ridiculizan (como se verá en un par de citas más adelante, cuando Grover Cleveland y José María Zuloaga se hurgan la oreja). En cambio, el narrador es sumamente cauto al momento de reconstruir lo que los apaches pudieron decir o pensar. Lo que los apaches sintieron, pensaron y dijeron se intuye, se supone apenas. Por ejemplo: “[El jefe Juh] era un guerrero implacable y un jefe impenetrable. También era, *debió ser*, un padre ejemplar” (378, las cursivas son mías); “Cochís *debe haber hecho* el cálculo infinitesimal que le permitió morir viejo y de cáncer de estómago después de una vida entera en combate” (250, las cursivas son mías); “Entonces Gerónimo se alejó unos pasos, estrechando todavía más al bebé pelirrojo. Le susurró algo al oído, *seguramente* en su lengua [...]. Le *pudo decir* al bebé que tenía poderes” (455, las cursivas son mías).

A diferencia de “gringos” (como llama el narrador a los estadounidenses) y mexicanos, de quienes hay una recreación ficcional minuciosa, inmediata y casi siempre humorística, en el caso de los apaches evita realizar un acercamiento directo y prefiere llegar a ellos a través de los historiadores. Enrigue reconoció que “los apaches nunca hablan; dicen las cosas que dijeron en su momento, pero nunca vemos el mundo interior de un apache” (Enrigue, 2019b). ¿Cómo conciliar el hecho de que Enrigue trate con tanto respeto a los apaches, casi con nostalgia, pero al mismo tiempo tenga tan poca consideración con sus descendientes (que se consideran a sí mismos apaches)? La respuesta es que Enrigue convierte a los apaches en un ideal, una abstracción tan elevada y perfecta que incluso queda grande para quienes, por sangre, tradición y convicción, se denominan así.

Son tres los elementos que constituyen dicha abstracción. Primero, la resistencia: cuando el narrador se debate entre solicitar o no la nacionalidad española para ayudar a su hijo, Miquel, que quiere estudiar cine en Europa, discurre ampliamente sobre la resistencia de José María Morelos ante la tortura que le propinaron los españoles para que jurara lealtad al rey, y no cedió<sup>17</sup>. Resistir es tener la entereza para mantenerse firme ante las tentaciones que impliquen traicionar los propios principios: “Esa resistencia de apache, le escribí a Miquel, no puede pasar en vano entre nosotros” (87).

Segundo, la disposición a dejarse gobernar por un impulso básico. La novela nos presenta un encuentro (ficticio, en este caso) entre Gerónimo y Pancho Villa,

<sup>15</sup> “El calor, le dijo [el general James Parker] al chofer, que estaba nervioso de estar transportando a un general. ¿Perdón?, preguntó. El puto calor, insistió, sintiendo otra vez en la boca el sabor acrimoso [sic] que le solían dejar los recorridos arrasando la tierra en Cuba y las Filipinas durante las guerras en las que comandó el duodécimo batallón de infantería de Nueva York” (238).

<sup>16</sup> “Todavía sentada en el suelo, Camila le dijo [a Zuloaga]: Me voy a levantar y vamos a caminar despacito y de lejecitos mientras todavía haya luz, estas son las viejas de guerreros que traen bronca con Sonora y no tienen por qué saber que usted es de Chihuahua. ¿Cómo sabe que soy de Chihuahua? Porque dice apashe y no apachi” (385).

<sup>17</sup> “le habían metido carbón ardiente por el culo [y] le hicieron una incisión en los huevos, le sacaron lo que haya adentro y le pusieron dos piedras de sal” (87).



cuando éste era niño. Muchos años después, Villa rememoraría dicho encuentro: Gerónimo, dice, lo estudió, le miró los dientes y la barriga, y lo invitó a irse con los apaches —temibles por su crueldad y robos frecuentes. Villa apunta: “yo sí tenía miedo, y un chingo, pero el fondo del agujero siempre me ha parecido más dulce y pues me desbarranco” (314). Entregarse “al fondo del agujero” y “desbarrancarse” son elecciones que, en la novela, sólo se permiten los apaches: la embriaguez consuetudinaria; el robo y luego la defensa de una mujer extranjera que traerá problemas a la tribu (en el caso de Mangas Coloradas); la guerra contra dos naciones mucho más poderosas; las huidas inverosímiles, etc. Abundan los ejemplos en la novela. Entregarse a lo ilógico, tomar el camino absurdo, pensar cuándo hacer que irrumpa lo impensado, es entregarse al instante donde ya no manda la razón.

Tercero, la inocencia de sólo ser. En más de una ocasión, Enrigue compara a los hombres y mujeres del siglo XXI con los apaches. Mientras que las personas de este tiempo están gobernadas por una “razón burocrática” (219), aquellos vivían “así nada más, en plan de cantar y bailar en lo que los cerdos ahorran” (31). Una vez que se impuso lo social sobre lo individual, se volvió más importante el respeto por la “productividad ordenada” (219) que la alegría primigenia de sólo ser: “Tal vez todos fuimos así alguna vez, nómadas y felices. Íbamos pasando y alguien nos encadenó a la historia, nos puso nombre, nos obligó a pagar renta y nos prohibió fumar adentro” (31). Desde esta perspectiva, los apaches parecen demostrar que la sensualidad y la espontaneidad son inherentes al ser humano, mientras que lo que vino después es un accidente, una especie de caída. Después de ellos, la humanidad se refugió en fórmulas trilladas y pequeñas seguridades para no ponerse nunca en riesgo: “Primero muerto que hacer esto, fanfarroneamos todo el tiempo, pero luego vamos y lo hacemos” (23).

Las características de *lo apache* se resumen en una sola virtud, inmensa e inalcanzable: la libertad. Así se explica el epígrafe del libro: “Esta gigantesca derrota de la libertad a manos de la geometría”. Es una cita de *El apando*, de José Revueltas, y corresponde a la descripción de los mecanismos que utilizan los carceleros para someter a los presos mediante el uso de tubos que segmentan el espacio al introducirse en diversas posiciones dentro de la celda: “triángulos, trapecios, paralelas, segmentos oblicuos o perpendiculares, líneas y más líneas, rejas y más rejas, hasta impedir cualquier movimiento de los gladiadores y dejarlos crucificados sobre el esquema monstruoso de esta gigantesca derrota de la libertad a manos de la geometría” (Revueltas 55).

Como puede advertirse, el epígrafe es otra forma del título: la rendición de Gerónimo, y por tanto la extinción de los últimos seres libres, fue el inicio del mundo cuadriculado y asfixiante en que se vive hoy. Cuando Enrigue determina que los apaches se han extinguido, lo que lamenta no es la historia de estos, y por eso tampoco le interesa su existencia actual, sino la pérdida de esa libertad primigenia. Naturalmente, esto sólo puede generar lecturas ambiguas: ¿de qué otra forma podría interpretarse una novela rebosante de referencias históricas, pero concentrada solamente en el valor ideal de una abstracción (*lo apache*)? Esto es precisamente lo que llevó a Carlos Pardo a considerar que Enrigue generó un “pasado mítico” para el “modélico” buen salvaje, lo cual terminaba por volver a los



apaches políticamente insignificantes. Si una cultura es elevada a rango de pureza absoluta perdida, forzosamente los descendientes deberán ser tomados por representantes de su decadencia; si lo que se perdió es la libertad ideal primigenia, los que subsisten deberán ser ejemplares de la servidumbre.

Llevada a esa posición, una cultura (o una persona) forzosamente se desprende del paso del tiempo: se vuelve ahistórica. Por eso puede elegir a Gerónimo y no a Cochís, porque lo que a Enrigue le interesa no son los valores de los propios apaches, sino la abstracción que extrajo de ellos (recuérdese que, según los historiadores, Gerónimo encarnaba menos que Cochís la honestidad apache). En consecuencia, la disyunción entre los planos histórico y mítico se ejemplifica en la forma en que se representa a los personajes en la novela: mientras los ejemplos de *lo apache* se yerguen monumentales, los enemigos son presentados en la cotidianidad menos agraciada. Jamás se muestra a Gerónimo o a Mangas Coloradas en una situación de vulgar intimidad; por el contrario, son gigantes o imponentes: cuando Zuloaga se encuentra por fin con Mangas, descubre que era tan enorme que “simplemente ocupaba todo el espacio que podía abarcar su mirada” (396). En cuanto a Gerónimo, su reciedumbre intimida y seduce a todos los que se cruzan por su mirada, como le sucedió a una estadounidense llamada Ellie McMillan: “Dio un último paso y alzó los ojos, vio que los de Gerónimo no estaban enfocados en los suyos, sino en sus tetas [...]. Las aureolas se le encogieron y arrugaron en tantos pliegues que los pezones se le endurecieron” (447).

En cambio, mexicanos y estadounidenses, aun cuando ocupen una posición social relevante, son presentados en condiciones de vulgaridad cotidiana. Es el caso del presidente Grover Cleveland, quien “se metió el dedo meñique en la oreja izquierda y olió la cerilla que recogió con la uña [...]. No era el ejecutivo más brillante que hubieran tenido los Estados Unidos” (230). Por su parte, Zuloaga “se rascó una oreja, se olió la cerilla y se limpió el dedo en el pantalón, que ya estaba tieso de mugre” (190-191). Así, en *Ahora me rindo* conviven lo monumental y lo humano, lo ideal y lo asfixiante, lo mítico y lo histórico. El hecho de que cueste trabajo notar la discrepancia se debe a que la historia de los apaches es en gran medida desconocida, y es aquí donde la posición del narrador se vuelve esencial. Veremos a continuación por qué.

Bajtín afirmaba que, mientras la poesía es un género “sin ningún miramiento hacia la palabra ajena” (102), porque impone un ritmo único y centralizado a la variedad lingüística, la novela es esencialmente polifónica y plurilingüe, pues mantiene los estratos semánticos y alusivos del lenguaje vivo. La poesía unifica lo múltiple; la novela mantiene la diversidad. A pesar de esta fundamental diferencia, dice Bajtín, ello no implica que “la diversidad de lenguajes [...] no puedan formar parte de la obra poética”, sino que dicha pluralidad “no está en el mismo plano que el lenguaje real de la obra” (104). Esto es lo que ocurre en *Ahora me rindo*: aun cuando hay al menos una veintena de voces perfectamente definidas (Zuloaga, Elvira, Parker ...), éstas nunca se encuentran en la misma posición diegética del narrador. O sea, las voces se nos presentan *dentro* del relato que hace el narrador, y éste es el único consciente de su posición ante la historia que cuenta.

Este narrador cuenta, en primera persona, el viaje que hace con su familia hacia el suroeste de Estados Unidos. En cambio, cuando presenta los sucesos

relativos a los apaches, a veces lo hace mediante explicaciones y a veces mediante narraciones. Es decir, *Ahora me rindo* está construida, como se suele decir, “a caballo” entre dos géneros, el ensayo y la novela. Esto es importante porque el nivel ideológico del discurso alcanza una gran eficiencia cuando a la narración se suma la explicación, pues de esa forma el tono didáctico del narrador se ejemplifica con los hechos que él mismo relata (veremos un ejemplo más adelante).

Desde esta perspectiva podemos afirmar que *Ahora me rindo* es una novela monológica, regida por una visión única (la del narrador), aunque habitada por muchas voces subsumidas, dependientes y derivadas de ella (las de los personajes). En cuanto a la idealización de los apaches, no hay en la novela una sola excepción a esto: la voz ensayista explica la grandiosidad apache, y la voz narradora lo ejemplifica.

Isaiah Berlin retoma un fragmento de Arquíloco (“La zorra sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una importante”) y propone, a partir de dicho fragmento, una fórmula clasificatoria de pensadores: hay quienes tienden a relacionar todo con un principio unificador “universal y organizador que por sí solo da significado a cuanto son y dicen”; y hay quienes consideran que no hay tal principio y por lo tanto “persiguen muchos fines distintos, a menudo inconexos y hasta contradictorios” (39). Según Berlin, “Los erizos tienen la personalidad intelectual y artística de los primeros. La zorra, la de los segundos” (40). (La idea, dice el autor, no es dogmatizar dicha oposición, sino sólo aprovechar las oportunidades que ofrece.) En el caso de *Ahora me rindo*, la voz narradora, centrífuga y que explora por aquí y por allá la naturaleza de cada personaje, deleitándose con la recreación de las características étnicas y los datos históricos, correspondería con la zorra; en cambio, la voz del ensayista, centrípeta en tanto que reflexiona sobre sus personajes y totaliza la experiencia desde su arrepentimiento e inconformidad de ser quien es (de lo cual se hablará en un momento más), centraliza las diversas experiencias en el ideal de *lo apache* y lo que éste simboliza. La voz ensayista concentra y controla; la voz narradora explora y diverge. Sin embargo, la voz ensayista es la única metarreflexiva, que reflexiona sobre sí misma (y también sobre la que narra).

El ensayista habla en primera persona y dice escribir en el 2014, a lo largo de un viaje que realiza con su esposa, Valeria, y sus dos hijos. Su posición diegética le permite hacer algo exclusivo: reflexionar sobre sí misma y también sobre la voz narradora, mientras que esta última sólo relata hechos específicos. Esto se ve de manera clara cerca del final de la novela, cuando Amyntor Blair McMillan (cuya esposa, Ellie, se había excitado por tener a Gerónimo frente a frente) se empeña en ir a ver a los apaches, con el bebé de ambos. Quiere hacerlo, dice, porque este bebé

“[...] se lo va a contar [que conoció Gerónimo] a sus hijos y sus hijos a los suyos.

Tenía razón: a mí el bisnieto de ese bebé me contó esta historia que estoy contando.

Ellie cedió: Está bien, dijo, pero solo si el capitán te garantiza que no va a pasar nada”. (424)

La razón para dejar esas líneas en blanco (después de “suyos” y de “contando”) es que se encuentran colocadas así en la novela, y denotan el cambio de voz: del

narrador que relata lo que ocurrió en el pasado, al ensayista que discurre sobre los apaches, y de regreso al narrador. El lector de *Ahora me rindo* encontrará sencillo distinguir la voz del ensayista de la del novelista, la explicación del relato, mediante estos espacios (salvo en el final, cuando todas las voces se combinan). Habría que tener en cuenta que los aspectos relatados (por la voz narradora) se apegan a las autoridades históricas para reconstruir el mundo apache, de forma que nunca son abiertamente ideológicos. En cambio, las cosas explicadas (por la voz ensayista) son las más subjetivas y buscan generar en el lector esa especie de nostalgia, de culpa por no cumplir con el ideal de *lo apache*.

## Conclusiones

*Ahora me rindo* se caracteriza por un movimiento, por una torción: extraer de los apaches históricos, como si se tratara de un proceso de laboratorio, un ideal ahistórico. Y si lo que importa es *lo apache*, en lugar de los apaches, el enemigo no es la muerte de estos, sino las cosas que ahogan a ese ideal. La forma de presentar a tal enemigo es mediante algunas instituciones modernas, dentro de las cuales hay dos que critica de manera muy evidente: la mentalidad productiva y el Estadonación.

Como hemos visto, la novela enfatiza en aspectos relativos al capitalismo (“los cerdos que ahorran” siguiendo una “productividad ordenada”), pero también manifiesta cierta desconfianza hacia la noción de nacionalidad. El Estado es una “entelequia rapaz”<sup>18</sup> y las fronteras una justificación para explotar los individuos, alienarlos o destruirlos, como a los apaches. Incompatibles con el mundo moderno por su férrea defensa de la libertad, los apaches fueron derrotados por la geometría, la matematización, el control cuantitativo del mundo. De ese crimen provendría el habitante actual de América, tan perdido y desarraigado que no conoce el nombre original de la tierra que ocupa: “Primero los europeos jodiendo a los indios, luego los europeos jodiéndose entre ellos para ponerles nombre a las cosas de un continente con una palabra prestada. Y eso es todo, América, como quiera que te llames” (350-351), dice el afligido ensayista. Es probable que la condición de mexicano en Estados Unidos del propio Álvaro Enrigue se refleje en la ambigüedad (por no decir injusticia) con que fueron tratados los apaches: si bien la Constitución mexicana de 1821 les otorgaba plenos derechos por haber nacido en territorio mexicano, murieron como prisioneros estadounidenses; en México, su historia es ignorada, mientras que en Estados Unidos son exaltados y considerados un trofeo a la tenacidad del ejército. Los apaches, como el migrante, perdieron su lugar tanto en el país del cual parten, como al cual llegan.

Hay una institución moderna más contra la cual Enrigue parece oponer el ideal apache, aunque de manera más sutil: la familia. En especial, el matrimonio. Las relaciones que se presentan entre el narrador-ensayista y sus hijos no están definidas por la jerarquía paterna, sino por la fraternidad. Hay tres hijos —dos

---

<sup>18</sup> Véase, por ejemplo, en qué términos plantea a Zuloaga: “Zuloaga tuvo el mejor expediente de su generación combatiendo contra los apaches tal vez solo porque su interés de cazador lo distanciaba del tópico tan vulgar de la justicia: no entendía su oficio como el de un vengador de la entelequia rapaz que es el Estado, sino como un juego” (16).

pequeños y uno a punto de entrar en la edad adulta, Miquel— y en ningún momento se sugiere un regaño o una corrección; las relaciones son más bien horizontales, e incluso la única aventura del narrador la vive con el hijo mayor, sin la esposa, cuando tienen un percance que pudo costarles la vida. La esposa se queda a poner orden<sup>19</sup>, mientras el narrador sale a vivir aventuras<sup>20</sup>, como las que vivieron los apaches: por un momento, justo cuando desaparece la asfixia controladora, *lo apache* emerge de nuevo. En lo que respecta a la paternidad apache, el narrador siempre presenta a los niños como seres capaces de valerse por sí mismos y exalta su capacidad guerrera<sup>21</sup>. En cambio, no hay una palabra del amor o del compromiso marital, sino acaso algunas palabras sobre cómo Camila<sup>22</sup> encontró paz en el mundo libre de los apaches cuando fue secuestrada por Mangas Coloradas. Después de todo, dice el narrador, “¿Quién va a querer regresarse a la cocina y las enaguas [...] y a perseguir chamacos todo el día y todas esas chingaderas que le hacen ustedes a sus mujeres si puede andar echando desmadre todo el día?” (149). Si esta representación de la familia refleja algo de la condición de Enrigue, es algo que, por espacio, no puede ser abordado aquí.<sup>23</sup>

### Obras citadas

Bajtín, Mijail. *Teoría y estética de la novela: Trabajos de investigación*. Madrid: Taurus, 1989.

Berlin, Isaiah. *El erizo y la zorra*. Barcelona: Muchnik Editores, 1998.

Cremony, John C. *Life among the Apaches*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1983.

---

<sup>19</sup> “Valeria [la esposa] decidió quedarse en la cabaña de las Peñascosas a poner en orden los apuntes para un libro en el que trabaja y en el que también sale la Apachería” (297).

<sup>20</sup> “De pronto el cielo se oscureció de verdad, como si la noche se hubiera salido de cuajo, y la entrada de la gruta quedó cubierta por una cortina de agua. [...]. Miquel y yo nos asimos, como pudimos, de los filos de piedra de las paredes, el agua corriendo a todo trapo hasta nuestras rodillas y Maia y Dylan apretados entre nuestros cuerpos y el muro. Si hubiera bajado por ahí una rama complicada o un animal ahogado, nos habría llevado consigo y habríamos terminado en cascada al abismo” (298-299).

<sup>21</sup> “Kaw-tenné era un apache mexicano del siglo XIX cuya banda estaba formada solamente por niños y adolescentes [...]. En esa fecha estaba compuesta por treinta y ocho guerreros, todos varones, todos adolescentes y niños, cada uno en su caballo o su mula [...]. Treinta y ocho lanzas con una punta de bayoneta implican la muerte de treinta y ocho soldados profesionales a manos de una banda de niños” (66).

<sup>22</sup> Camila, que se había casado con un hombre mucho mayor que ella, “nunca cogió con su marido aun si la batalla de ambos contra lo diario era tan conmovedora y desgastante como un matrimonio de verdad” (19).

<sup>23</sup> El presente artículo es parte de una investigación más amplia y compleja, desarrollada en la Maestría en Humanidades, en la Universidad Autónoma del Estado de México, en el área de Estudios Literarios, concluida el 2023.

- Del Rey, Miguel y Carlos Canales. *Bernardo de Gálvez: De la apachería a la independencia de los Estados Unidos*. Madrid: Edaf, 2015.
- Enrigue, Álvaro. *Ahora me rindo y eso es todo*. Barcelona: Anagrama, 2018a.
- Enrigue, Álvaro. “Escribir es adivinanza, juego y acertijo”, entrevista por Iván Ríos Gascón. *Milenio*, 27 Nov. 2018b. Web. 9 Mar 2023. <https://www.milenio.com/cultura/fil/alvaro-enrigue-escribir-advinanza-juego-acertijo>.
- Enrigue, Álvaro. “Álvaro Enrigue novela la guerra apache”, entrevista por Pedro Pablo Guerrero. *El Mercurio*, 6 Ene. 2019a. Web. 9 Mar 2023. <http://www.economiaynegocios.cl/noticias/noticias.asp?id=535706>.
- Enrigue, Álvaro. “Especular sobre las posibilidades de un mundo mejor es lo menos que puedes hacer como escritor”, entrevista por Óscar Garduño Nájera. *Letras Libres*, 20 Feb. 2019b. Web. 9 Mar 2023. <https://www.letraslibres.com/mexico/literatura/entrevista-alvaro-enrigue-especular-sobre-las-posibilidades-un-mundo-mejor-es-lo-menos-que-puedes-hacer-como-escritor>.
- Gatewood, Charles y Louis Kraft. *Lt. Charles Gatewood & His Apache Wars Memoir Charles B. Gatewood: Edited and with additional text by Louis Kraft*. Lincoln: University of Nebraska Press, 2005.
- Pardo, Carlos. “Apachería arcádica”. *El País*, 29 Oct. 2018. Web. 9 Mar 2023. [https://elpais.com/cultura/2018/10/24/babelia/1540373505\\_404847.html](https://elpais.com/cultura/2018/10/24/babelia/1540373505_404847.html).
- Pesqueira, Héctor. “Una muerte llamada Gerónimo”, *Temas sonorenses*, editado por el Gobierno del estado de Sonora, 1984, pp. 225-261.
- Pons, María Cristina. *Memorias del olvido. Del Paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo XX*. México: Siglo XXI, 1996.
- Revueltas, José. *El apando*. México: Era, 1982.
- Roberts, David. *Las guerras apaches (Cochise, Jerónimo y los últimos indios libres)*. Barcelona/Buenos Aires: Edhasa, 2005.
- Rojas, Manuel. *Apaches ... Fantasmas de la Sierra Madre*. Chihuahua: Instituto Chihuahuense de Cultura, 2008.
- Sweeney, Edwin R. *Mangas Coloradas: Chief of the Chiricahua Apaches*. Norman: University of Oklahoma Press, 1998.
- Worcester, Donald E. *Los apaches. Águilas del sudoeste*. Barcelona: Península, 2019.